

ARTEMIS FOWL

LA HORA DE LA VERDAD

EOIN COLFER

Artemis Fowl, el joven cerebro criminal, ha reunido a una élite de las criaturas mágicas en Islandia para presentarles su último invento para salvar el mundo del cambio climático. Pero Artemis se comporta de un modo raro; parece distinto. Algo terrible le ha sucedido...

Resulta que Artemis Fowl se ha vuelto bueno. Se ha dañado la mente «jugando» con la magia y las criaturas le diagnostican el Complejo de Atlantis, una especie de trastorno de personalidad múltiple. Mientras tanto, la Capitana Holly Canija no sabe qué hacer: hordas de robots están atacando la Atlántida, la ciudad subterránea, y Artemis no puede detenerlos...

¿Conseguirá Holly recuperar al auténtico Artemis antes de que los robots acaben con la ciudad y todas sus criaturas?

Para Ciarán,
que escuchará muchas historias de rugby.

ARTEMIS FOWL: DE MAL EN FATAL

HABÍA una vez un chico irlandés que tenía una sed de conocimiento insaciable, de modo que fue leyendo un libro tras otro hasta que su cerebro se llenó de astronomía, cálculo, física cuántica, poetas románticos, ciencia forense y antropología, entre un millar de otros temas. Sin embargo, su libro favorito era un delgado volumen que nunca había llegado a leer él mismo. Se trataba de un libro viejo, encuadernado con tapas duras, que su padre solía leerle antes de acostarse y que llevaba por título *La olla de oro*; contaba la historia de un personaje codicioso que secuestra a un duendecillo en un intento inútil de robarle a la criatura todo su oro.

Cuando el padre terminaba de leer la última palabra de la última página —que siempre era «Fin»—, cerraba la tapa de cuero desgastado, sonreía a su hijo y le decía: «La idea de ese chico no era del todo mala. Con un poco más de planificación, todo le habría salido a pedir de boca», que era una opinión poco habitual en un padre. Bueno, de un padre responsable, para ser más exactos. Sin embargo, aquel no era un típico padre responsable: se trataba de Artemis Fowl Primero, el capo de uno de los mayores demasiado típico: era Artemis Fowl Segundo, que no tardaría en convertirse en un personaje formidable por méritos pro-

pios, tanto en el mundo de los humanos como en el universo de las criaturas mágicas que habitaban el mundo subterráneo.

«Con un poco más de planificación —pensaba Artemis Segundo a menudo, cuando su padre le daba un beso en la frente—. Solo un poco más de planificación...».

Y se quedaba dormido y soñaba con el oro.

A medida que el joven Artemis se iba haciendo mayor, pensaba con frecuencia en *La olla de oro*. Llegó incluso al extremo de investigar durante las horas de clase y se sorprendió al descubrir una gran cantidad de pruebas fehacientes sobre la existencia de las criaturas mágicas. Aquellas horas de estudio y planificación no fueron más que alegres distracciones para el niño hasta el día en que su padre desapareció en el Ártico, después de un pequeño «malentendido» con la *mafia rusa*. El imperio Fowl se derrumbó rápidamente, con acreedores que aparecían de la nada y deudores que se escabullían y corrían a esconderse en esa misma nada.

«Depende de mí —se dio cuenta Artemis— reconstruir nuestra fortuna y encontrar a mi padre».

Así que desempolvó la carpeta donde guardaba toda la información sobre el mundo de los duendes: raptaría a una criatura mágica y la devolvería a las propias criaturas a cambio de oro, mucho oro.

«Solo un genio juvenil podría llevar a cabo ese plan con éxito —concluyó correctamente Artemis—. Alguien lo bastante mayor para comprender los principios del intercambio comercial, pero todavía joven para creer en la magia».

Con la ayuda de su más que competente guardaespaldas, Mayordomo, el joven de doce años Artemis Fowl llegó a capturar de hecho a un duende y mantenerlo cautivo en el sótano reforzado de la mansión Fowl. Sin embargo, aquel no era un duende cualquiera: en realidad, ni siquiera era un duende, sino una duende, y bastante humanoide por cierto. Lo que Artemis había considerado hasta enton-

ces la retención temporal de una criatura inferior ahora se parecía incómodamente al secuestró en toda regla de una niña.

Hubo otras complicaciones, además: aquellos duendes no eran como los seres mágicos más bien atontados de los cuentos de hadas, sino que eran unas criaturas expertas en el manejo de toda clase de artilugios de alta tecnología, con mucho carácter, miembros de un escuadrón de élite de la policía de las criaturas mágicas: la unidad de Reconocimiento de la Policía de los Elementos del Subsuelo, también llamada PES, por utilizar su acrónimo. Y Artemis había secuestrado a Holly Canija, la primera capitana femenina de la historia de la unidad, una acción que, desde luego, no le había granjeado las simpatías de los habitantes armados hasta los dientes del mundo subterráneo.

Sin embargo, a pesar de una absoluta falta de conciencia y de todos los intentos de la PES por frustrar sus planes, Artemis logró hacerse con su dichoso oro y a cambio libero a la capitana elfa.

Y entonces, ¿bien está lo que bien acaba?

Pues lo cierto es que no.

En cuanto la Tierra se recuperó del primer enfrentamiento en décadas entre duendes y humanos, la PES descubrió un complot para abastecer a las bandas de goblins con fuentes de energía para sus láseres Softnose. ¿Quién era el sospechoso número uno? Artemis Fowl. Holly Canija se llevó al muchacho irlandés a Ciudad Refugio para interrogarlo, pero descubrió, para su asombro, que en realidad Artemis Fowl era inocente.

Los dos llegaron a un pacto inquietante, por el que Artemis accedía a localizar al proveedor de los goblins si Holly le ayudaba a rescatar a su padre de la banda de mafiosos rusos que lo mantenía prisionero. Ambas partes cumplieron sus respectivas partes del trato y, entretanto, desarrollaron un respeto y confianza mutuos que se sustentaban

sobre la base de un sentido del humor muy agudo y peculiar, que ambos compartían.

O al menos, así era hasta hace poco. En tiempos más recientes, las cosas han cambiado. En algunos aspectos, el sigue siendo muy agudo, pero una sombra se ha abatido sobre el cerebro de Artemis.

Hubo un tiempo en que Artemis veía cosas que nadie más podía ver, pero ahora ve cosas que en realidad no existen...

CAPÍTULO I

FRÍAS VIBRACIONES

VATNAJÖKULL, ISLANDIA

VATNAJÖKULL es el mayor glaciar de Europa, con una superficie de más de ocho mil kilómetros cuadrados de un blanco azulado cegador. Está deshabitado en su mayor parte, con un paisaje dominado por la desolación, y además, por razones científicas, era el lugar perfecto para que Artemis Fowl hiciera una demostración exacta, ante las criaturas mágicas, de cómo pensaba salvar el mundo. Además, un paisaje espectacular nunca estaba mal para una presentación de las suyas.

Una parte de Vatnajökull donde sí suele verse cierto movimiento de humanos es el restaurante Gran Brocheta, ubicado a orillas de la laguna glaciar, adonde acuden a comer los grupos de turistas que visitan los hielos desde mayo hasta agosto. Artemis había quedado con el dueño en aquel establecimiento «cerrado por fin de temporada» la mañana del primero de septiembre, muy temprano. El día que cumplía quince años.

Artemis conducía su motonieve de alquiler por el terreno plagado de ondulaciones de la orilla de la laguna, donde el glaciar se precipitaba en pendiente sobre un char-

co negro salpicado de un singular mosaico de placas de hielo rotas. El viento rugía a su alrededor como la multitud entusiasmada de un estadio, arrojándole proyectiles en forma de aguanieve que le agujoneaban la nariz y la boca. El espacio era inmenso, inconmensurable, y Artemis sabía que sufrir un percance en aquella tundra desierta equivaldría a una muerte rápida y dolorosa... o, como mínimo, a sufrir la humillación extrema ante los flashes de los últimos turistas de la temporada, lo cual era ligeramente menos doloroso que una muerte dolorosa, pero perduraba mucho más tiempo en la memoria.

El dueño de la Gran Brocheta —un islandés fortachón que lucía orgullosamente tanto un bigote de morsa del tamaño de un cormorán gigante como el improbable nombre de Adam Adamsson— estaba en el porche del restaurante, haciendo crujir los huesos de sus dedos y golpeando con los pies en el suelo al ritmo que marcaba con la cabeza, mientras se reía del torpe avance de Artemis por la orilla congelada de la laguna.

—Eso sí que es una entrada triunfal —dijo Adamsson cuando Artemis llegó dando un frenazo a la terraza del restaurante—. Caramba, *hadur madur*... No me reía tanto desde que mi perro intentó morder su propio reflejo.

Artemis esbozó una sonrisa ceñuda, sabiendo que aquel hombre se estaba burlando de su habilidad al volante, o mejor dicho, de la falta de ella.

—Grrr... —gruñó, bajándose del vehículo con el cuerpo tan tieso como el de un vaquero después de conducir su manada durante tres días, de perder su caballo y de haberse visto obligado a montarse en la vaca más gorda del rebaño.

Entonces el anciano se echó a reír a carcajadas.

—Además, gruñes como mi perro...

Artemis Fowl no tenía por costumbre hacer entradas tan aparatosas y ridículas, pero sin la compañía de su guardaespaldas, Mayordomo, no había tenido más remedio que

confiar en sus propias habilidades motoras, famosas por su escasez. Uno de los sabihondos del sexto curso de la Escuela Saint Bartleby's, el heredero de un imperio hotelero, había bautizado a Artemis con el apodo de Pie Izquierdo Fowl, como si tuviera dos pies izquierdos y no pudiese dar patadas a un balón de fútbol con ninguno de los dos. Artemis había tolerado aquella burla durante una semana aproximadamente y luego había comprado la cadena hotelera del joven heredero, lo que acabó de golpe con las burlas y los motes.

—Confío en que todo está listo, ¿verdad? —dijo Artemis, flexionando los dedos dentro de sus guantes solares. Notó que tenía una mano incómodamente caliente: el termostato debió de golpearse al bordear un obelisco de hielo a un kilómetro de la costa. Arrancó el cable de alimentación con los dientes; no había demasiado peligro de hipotermia, ya que la temperatura otoñal apenas rozaba los cero grados.

—Yo también me alegro de verte —dijo Adamsson—. Por fin nos vemos cara a cara finalmente.

A Artemis no le entusiasmaba la idea de forjar una relación duradera como parecía estar proponiéndole Adamsson: no tenía espacio en su vida en ese momento para hacer otro amigo en el que no confiaba.

—No tengo intención de pedirle la mano de su hija en matrimonio, señor Adamsson, así que creo que podemos saltarnos todo el ceremonial para romper el hielo. No se sienta obligado. ¿Está todo listo?

Todo el ceremonial para romper el hielo que Adam Adamsson llevaba preparado en la garganta se le derritió y el hombre asintió con la cabeza media docena de veces.

—Todo está a punto. Tu caja está en la parte de atrás. He preparado un bufet vegetariano y bolsas de cortesía con productos del spa Laguna Azul. También he colocado algunos asientos, tal como solicitaste en tu lacónico correo electrónico. Aunque todavía no ha llegado ninguno de los

componentes de tu grupo excepto tú, después de todos mis esfuerzos...

Artemis extrajo un maletín de aluminio del portaequipajes de la motonieve.

—No se preocupe por eso, señor Adamsson. ¿Por qué no se vuelve a Reykjavik y se gasta parte de esa cifra exorbitante que me ha cobrado por usar un par de horas su restaurante de tercera categoría? A lo mejor encuentra algún tocón de árbol solitario y aburrido dispuesto a escuchar sus problemas.

«Un par de horas. Tercera categoría. Dos más tres es igual a cinco. Bien».

Ahora le tocó el turno a Adamsson de preferir un gruñido, y las puntas de su bigote de morsa le temblaron ligeramente.

—No hay necesidad de ser tan grosero, joven Fowl. Ambos somos hombres hechos y derechos, ¿no es así? Los hombres tienen derecho a un poco de respeto.

—Ah, ¿sí? Tal vez deberíamos preguntando a las ballenas, ¿no cree? ¿O tal vez a algún visón?

Adamsson frunció el ceño y arrugó la cara curtida por el viento hasta convertirla en una uva pasa.

—De acuerdo, ya capto el mensaje. No hace falta que me hagas responsable de todos los crímenes de la humanidad. Los adolescentes son todos iguales. Ya veremos si a los de tu generación se les da mejor que a nosotros cuidar del planeta.

Artemis accionó el pestillo del maletín exactamente veinte veces antes de entrar de una zancada en el restaurante.

—Créame los adolescentes no somos todos iguales —dijo al pasar junto a Adamsson—. Y pienso hacerlo mucho mejor.

Había más de una docena de mesas en el interior del restaurante, todas con sillas apiladas en la superficie, a excepción de una, que había sido cubierta con un mantel de hilo y estaba llena de botellas de agua de glaciador y bolsas de cortesía de un spa para cada uno de los cinco comensales.

«Cinco —pensó Artemis—. Un buen número. Sólido. Predecible. Cuatro por cinco son veinte».

Artemis había decidido recientemente que el cinco era su número. Pasaban cosas buenas cuando había algún cinco de por medio. El ser racional y lógico que había en él le decía que aquello era absurdo, pero no podía pasar por alto el hecho de que las tragedias de su vida habían ocurrido en años no divisibles por cinco: su padre había desaparecido y había sido mutilado; su viejo amigo, el comandante Julius Remo de la PES, había sido asesinado por la famosa duendecilla Opal Koboi, ambos sucesos en años que no contenían el número cinco. Artemis medía un metro cincuenta y cinco, y pesaba cincuenta y cinco kilos. Si tocaba algo cinco veces o un múltiplo de cinco, entonces se podía confiar en ese algo. Una puerta permanecería cerrada, por ejemplo, o un tope protegería esa puerta, como cabía esperar.

Aquel día todo eran buenas señales. Cumplía quince años.

Tres veces cinco. Y su habitación de hotel en Reykjavik había sido la número cuarenta y cinco. Incluso motonieve que lo había llevado hasta allí tenía una matrícula que era un múltiplo de cinco, y presumía de un motor de arranque de cincuenta centímetros cúbicos. Todo era positivo. A la reunión solo iban a acudir cuatro personas, pero con él incluido hacían cinco, así que no tenía por qué cundir el pánico.

A una parte de Artemis le horrorizaba su recién adquirida superstición por los números.

«Contrólate, hombre. Los Fowl no confiamos en la suerte, olvida ya esas obsesiones y compulsiones ridículas».

Artemis abrió el cierre del maletín haciendo un clic para aplacar a los dioses de los números —veinte veces, cinco por cuatro— y sintió que se le apaciguaba el corazón.

«Voy a acabar con esta manía mía mañana mismo, cuando este trabajo esté terminado».

Se paseó por delante del atril del *maître* hasta que Adamsson y su quitanieves hubieron desaparecido tras un promontorio de nieve curvo que podría haber sido la espina dorsal de una ballena, luego esperó un minuto más, y el estruendo que armaba el vehículo se fue desvaneciendo hasta convertirse en la tos de un anciano fumador.

«Muy bien. Es hora de hacer negocios».

Artemis bajó los cinco escalones de madera hasta la planta principal del restaurante. «Excelente, buena señal», pensó.

Prosiguió su avance sorteando una serie de columnas adornadas con reproducciones de la máscara de Stora-Borg hasta que llegó a la cabecera de la mesa que ya estaba dispuesta. Los asientos estaban de cara hacia él y un tenue brillo, ligero como una bruma, titilaba sobre la superficie de la mesa.

—Buenos días, amigos —dijo Artemis en gnómico, obligándose a pronunciar las palabras en aquella lengua mágica con un tono de absoluta seguridad, casi jovial—. Hoy es el día en que salvaremos al mundo.

La bruma pasó a adquirir un aspecto más eléctrico, crepitando con interferencias de neón blanco que la atravesaban y rostros que surcaban sus profundidades como fantasmas a punto de salir de un sueño. Las caras se materializaron y les salieron torsos y extremidades. Aparecieron unas pequeñas figuras como niños. Eran como niños, pero no iguales: aquellos eran los representantes de las criaturas

mágicas, y entre ellos se hallaban, quizá, los únicos amigos de Artemis.

—¿Salvar el mundo? —dijo la capitana Holly Canija, de la Unidad de Reconocimiento de la PES—. El mismo Artemis Fowl de siempre, y lo digo con sarcasmo, porque eso de «salvar el mundo» no es nada propio de ti.

Artemis sabía que tenía que sonreír, pero no podía, así que en vez de hacerlo se puso a señalar faltas en los demás, algo que sí era muy propio de él.

—Necesitas un amplificador nuevo para el escudo, Potrillo —le dijo a un centauro que trataba de encontrar el equilibrio de forma más bien torpe en una silla diseñada para seres humanos—. Se veía el resplandor que emanaba tu cuerpo desde el porche delantero. ¿Y tú te consideras un experto en tecnología? ¿Cuántos años tiene ese que llevas?

Potrillo estampó un casco en el suelo, un tic nervioso que mostraba cada vez que sentía irritación, y la razón por la que nunca ganaba a las cartas.

—Yo también me alegro de verte, Fangoso.

—¿Cuántos años?

—No lo sé. Cuatro, tal vez.

—Cuatro. ¿Lo ves? ¿Qué clase de número es ese?

Potrillo puso mala cara.

—¿Qué clase de número dices? ¿Es que ahora hay clases, Artemis? Ese amplificador durará otros cien años. No le vendrían mal unos ajustes, tal vez, pero eso es todo.

Holly se levantó y se acercó a la cabecera de la mesa.

—¿Es que tienen que empezar a pelearse ya, ustedes dos? ¿No empieza a aburrirles un poco, después de tantos años? Son como un par de chuchos marcando territorio. —Apoyó dos finos dedos en el antebrazo de Artemis—. Déjalo en paz, Artemis. Ya sabes lo sensibles que son los centauros.

Artemis no podía mirarla a los ojos. En el interior de su bota de nieve izquierda, contó veinte movimientos con el dedo gordo del pie.

—Muy bien. Cambiemos de tema.

—Por favor —dijo la tercera criatura mágica que había en la habitación—, hemos atravesado toda Rusia para venir hasta aquí, Fowl. Así que ¿podemos cambiar de tema y abordar el que nos ha reunido?

Saltaba a la vista que a la comandante Raine Vinyáya no le hacía ninguna gracia estar tan lejos de su querida Jefatura de Policía. Había asumido el mando de la comandancia general de la PES unos años antes, y se vanagloriaba de supervisar personalmente todas las misiones en curso.

—Tengo operaciones en marcha que debo supervisar. Artemis: los duendecillos provocan muchos disturbios, reclamando la puesta en libertad de Opal Koboi, que sigue en prisión, y ha vuelto a estallar la epidemia de los sapos deslenguados. Por favor, ten la bondad de empezar cuanto antes.

Artemis asintió con la cabeza. Vinyáya estaba mostrándose abiertamente hostil, y esa era una emoción en la que se podía confiar, a menos que, por supuesto, fuese un farol y la comandante fuese una fan secreta suya, o a menos que fuera un farol doble y realmente sintiese hostilidad hacia él. «Eso parece una locura —se dio cuenta Artemis—. Incluso para mí».

Aunque apenas llegaba al metro de estatura, la comandante Vinyáya tenía una presencia formidable, y alguien a quien Artemis no subestimaría jamás. A pesar de que la comandante tenía casi cuatrocientos años de edad hablando en términos mágicos, ni siquiera se la podía considerar una elfa de mediana edad y, en cualquier caso, tenía un físico imponente: delgada y cetrina, con las pupilas felinas reactivas que ocasionalmente se veían en los ojos de algunos elfos, pero ni siquiera esa rareza era su rasgo físico más distintivo. Raine Vinyáya tenía una melena de pelo plateado que parecía absorber toda la luz que hubiese a su alrededor antes de irradiarla en ondulaciones que caían en cascada sobre sus hombros.